

la cocina; esa tozudez casi salvaje, tan dulce, con que se niega a claudicar o morir) que produce el contacto de la vajilla y los cubiertos en el comedor. Oirá remover los muebles para el aseo y sentirá, como una agradecida prolongación de sí mismo, la modesta sinfonía de los utensilios de cocina y las exclamaciones de los niños persiguiendo al perro con el velocípedo en un ángulo del patio. El nombre de su mujer será como un color y el saldo de la cuenta de la luz eléctrica o de la tienda de granos y hasta la petición de préstamo que le hizo un amigo en la mesita del café tendrá un indefinido, agrídulce, sabor a victoria. Mientras tanto, mientras sigue puliendo sus mejillas con la máquina de afeitar, es bueno aspirar esos olores corporales que la familia ha ido superponiendo en esa atmósfera intimista, secreta, que, en las primeras horas de la mañana, tiene el cuadrángulo donde la ducha, el mingitorio y el lavabo se ofrecen a sus ojos con el acostumbrado recato de lo que ha envejecido en la costumbre pero que también puede enaltecerse con el súbito deslumbramiento de unas joyas que tiemblan en la urgida señal (casi el horror) de una revelación.

Este sería el tema, el grande y siempre desconocido y arredrante y promisorio tema de un hombre oyendo fluir el tiempo, sintiendo pasar esquirlas de eternidad sobre sus células, oyendo ese latido de tambor de su sangre en la intrincada red de túneles de sus venas, bajo su traje. Este sería un hombre —el héroe común y corriente de un relato cualquiera— asomándose a una ventana con una toalla en la mano. Asomado simplemente. Para ver un árbol recién florecido o un autobús atestado de colegialas o de burócratas o una vendedora de frutas en fachendosa conversación con el alguacil de la esquina. Un hombre existiendo. Elevando sus pupilas para indagar el color que tiene el cielo en el instante determinado de una hora determinada en un determinado día del año. Este sería, un poquito más tarde, el hombre con el nudo de su corbata levemente desarreglado. Despidiéndose en el portal de su casa con el ademán casi calculador (de quien no está seguro de nada pero que sabe, lo sabe en profundidad, con destructiva convicción, que toda despedida es siempre la última), de quien ha de tornar a la hora del almuerzo para volver a despedirse y volver a regresar, en un ritmo conmovedoramente monótono y atroz. Porque estará lleno —en la vigilia de su sueño y en el sueño de su vigilia, en el transcurso en que pule la calzada con la suela de sus zapatos, en el instante de estampar su rúbrica en cualquier recibo o documento o en que afirma los dedos sobre las teclas de su máquina de escribir— de pálpitos, ansiedades y derrotas tan árdidas, tan personalmente asumidas que ya no le pertenecen, que han pasado a la órbita de otra angustia, que ya le son tan ajenas como la titilación, el susurro o el destino de las estrellas. Ese abscóndito irrebasable espectáculo (el de un hombre comiendo o meditando, siempre atribulado por su tenaz autofagia, tarareando una canción o leyendo un periódico a las seis de la tarde para darse el lujo de poder comentar, con oculta admiración y puntilloso fervor, la última fuga del maleante de moda o la última sandez de un maromero o de un político o remodelando en su recuerdo los bucles de la primita difunta, entre las hojas, tercamente burilada por la lumbre de junio o cauterizando la heridilla dejada en su dedo anular por un accidente tan imperceptible que es, apenas, el susurro de una espuma en esa pleamar de sucesos corrientes) del ciudadano a quien no ocurre nada. De la insondable biografía de ese hombre cuya labor es simplemente entibiar con su presencia, con su

inaudible sonido, con su secreto terror a la enfermedad, al riguroso abandono, a la final desaparición, un exacto sitio de la ciudad y de la tierra.

Mirar, durar, rascarse ese lugar del cuerpo donde las vestiduras ahíncan demasiado sus hilos. Irse pudriendo imperceptiblemente, frente a retratos y rosas y vocablos tan conocidos que ya nada alcanzan a nominar o sugerir. Darle vueltas y más vueltas a la cuerda y a las manecillas de un reloj inmutable con el puro rumiar de su memoria. Rondar, haciendo crujir las hojas caídas, bajo los árboles de un parque. Detenerse a contemplar la estela de una mujer hasta verla convertida en una larva lejana, en un anhelo, en un recuerdo, en una confusión, entre los objetos y los seres que fluyen y se deshacen en una avenida. Y luego regresar por las mismas calles, mirar las mismas ventanas, escuchar los mismos ramajes golpeando las mismas techumbres, saludar a aquel señor, atildado, un poquitín obeso, que una noche cualquiera le aplicó una inyección tras el armario de su farmacia. O rugir, bajo las sábanas del lecho, con el mendrugo de un amor o de un odio salivando sus dientes. O seguir corriendo, otra vez, entre collados de humo, sin explicación, sin solución ninguna de continuidad, entre senderos que atraviesan manos sin cuerpo, tras el lábaro de una cabellera o el runrún de un barrilete. Después vendrán los días, las horas que restan para morir, las horas amarillas, las horas en blanco, las horas para carraspear y escupir y mirar de través y dar un pésame mientras se desliza tímidamente la mano sobre un mueble. He aquí, bosquejado apenas, el gran tema. El tema simple, monumental y heroico—heroico por lo atterradoramente normal y anodino de este sacrificio terrestre— de un hombre a quien no le ocurre absolutamente nada.

El sertón de Guimaraes Rosa

Se trata de un escritor cuyo tema central y único es el diablo. Que se propuso contarnos lo que al diablo le ocurre como geografía, como asombro purificado por la conseja, como sufrimiento y esperanza colectivos, como brujería. Para hacer esto, Joao Guimaraes Rosa tuvo que meterse en lo profundo de un sertón que llevaba en lo más profundo de sí mismo. Como todo creador, Guimaraes no hace otra cosa, pues, que echarnos el cuento de Guimaraes Rosa. De esa parte del mundo imaginada, mitificada, vale decir padecida hasta sus últimas consecuencias, por él mismo. Y ya sabemos que esto es lo más difícil, lo más amargo y difícil. Porque cada vida es un misterio particular, con leyes específicas. Y quien se mete a desvelarlo, quien se mete a descubrirse a sí mismo, a lo mejor se encuentra. Y, de hecho, con esa técnica, consubstancial y única, que tenemos que llamar un estilo. El estilo vendría a ser, en este orden, apreciativo y, en especial, cuando se enfrenta a un compromiso epopéyico, la impecable sutura de una necesidad de expresión (la búsqueda y el rodeo, la eficiencia mimética, el cálculo para sorprender, golpear y alejarse a tiempo, antes de ser alcanzado por un zarpazo o engullido por las fauces del tema; la ciencia guerrillera, en suma, para controlar, dirigir y preservar la destreza emotiva) con la profunda zoología de un expresador. De allí la tontería de cualquier imitador. Pues el estilo, por ser un compendio de sufrimientos, no puede imitarse.

El Brasil, no lo olvidemos, es país metafórico, donde prospera el encantamiento. En especial en el sector de Minas Gerais y del lado bahiense, donde se desarrolla la mayor parte de esta obra. No vamos, pues, a encontrarnos con una geografía que está allí, lisa y llanamente, haciéndole guiños exotistas o simplemente turísticos al lector. Vamos a encontrarnos con una geografía contaminada por los sentidos de un hombre, por su ardida e intransferible subjetividad. Quiero decir que vamos a ser sacudidos por una comarca que fue tenaz y dolorosamente absorbida y —luego de una lenta maceración, de una rigurosa digestión somático-conciencial— otra vez de vuelta, estilísticamente regurgitada, en sus criaturas y en el decurso de su tiempo particular. La cosa comienza con el idioma, que en Guimaraes es de un arrollador, casi ofensivo egotismo. Una trabazón de finura y brutalidad, de orquestada sutileza y poderoso arcaísmo, de orgía detallística y tensión reflexiva. Una espléndida máquina narrativa funcionando a todo vapor. Guimaraes no acepta dubitaciones ni medianías. Obliga, incondicionalmente, a su lector. O se está con él, con sus audaces operaciones verbales —en que la prosa es potenciada a cada instante por un flexible y orgulloso ingenuismo, por giros y sorpresas alegóricas embebidos en el asombro de un paisaje y un habitante que, hambreándose con sevicia, se relatan mutuamente— o se le deja. Es, pues, un escritor que requiere, que exige, lectores que militen en su misma línea comunicante.

El premio a esa fidelidad es el encuentro con una comarca feral y calurosa, de grandes bloques sonoros. El sertón está vivo. Todo él sanguíneo y palpitante. Con una fauna que silba, trepa o se desliza entre una flora que vibra como los nervios de un órgano colosal. Y, dentro del sertón, los errantes yagunzos, los santos, los mendigos y las soldaderas en los rancharíos polvorientos, los aparecidos, los trogloditas de la arena. Y aquellos relieves de medalla de los grandes jefes: So Candelario, el leproso iluminado, el rey de los vientos, el que graznaba sus palabras, altanero y huesudo, con sus amarillos ojos de gavilán. Y Joca Ramiro, que tenía el corazón, la generosidad y la apostura de un príncipe. Y Ze Bebelo, sustentando su fanfarronería en un valor lleno, por igual, de elusividad y precisión. Y Diadorín, con su nombre de músico, el de brazos delicados y cejas de doncella, y doncella a la postre, ocultando todo ello, como un enigmático ramaje, su fiereza de jabalí. Y Ribaldo, el Aquiles del sertón, cuya memoria es el centro circulatorio de esta epopeya. Y Madeiro Vaz, el silencioso, el que miraba un hijo en cada uno de sus guerreros y podría figurar, al lado de Sansón y Samuel, entre los jueces de Israel. Y, viniendo de ellos, con su mismo bárbaro estoicismo e iguales atributos de mando, pero tiznado por el signo caínico, El Hermógenes, sangriento, evasivo y con insaciable apetencia de podredumbres, como un coyote.

Un mundo, lógico, que sólo puede ser regido por el diablo. Que aquí no es un duende sino un olor, una ubicua tensión, un estado de conciencia. En esperarlo, evadirlo o buscarlo está el acezante secreto. Todos, en una u otra forma, van a él y de él vienen. Es el día y la noche. Y el viento. Y los infinitos diapasones del tiempo en el sertón. Pues donde hay mucha distancia hay mucho tiempo. Y el sertón es eso: tiempo y distancia padecidos, calcinados, soñados, galopados. El sertón va y viene, como un terrible tornadizo animal. Ruge de pronto. Se eriza con todos sus árboles,